

indignacion, ni aun la muerte misma debiera dispensaros de cumplir con libertad vuestros deberes de obispos. Mandales en seguida se reunan para conferenciar acerca de las necesidades del reino y que vayan á representar á Felipe el peligro á que se espone; que si el rey no se enmienda deben poner entredicho general á toda la Francia; y que si este primer anatema no le hace volver en sí, él como sucesor de San Pedro, con el auxilio del Señor supremo, tomará las medidas convenientes para que una nacion, tan justamente célebre, se vea libre de la opresion en que un solo hombre la tenia. En el mismo sentido escribió poco despues San Gregorio á Guillermo, conde de Poitiers (1), rogándole se uniese con otros muchos grandes y dirigiesen al rey las mismas representaciones. Felipe, á pesar de la viveza de estas reprensiones, dejó en libertad al Papa para que citase á Roma á los obispos de su reino y depusiese por medio de sus legados á los que fuesen culpables.

Por estas gestiones de San Gregorio VII cabe Enrique IV, rey de Germania, y Felipe I, rey de Francia, se ve que el Pontífice no temia subir al origen mismo del mal. Desde ahora pueden ya los lectores cristianos apreciar al Pontífice magnánimo cuya memoria tanto han ultrajado los enemigos de la Iglesia. (Véase la Disertacion que pondremos en el apéndice á este tomo.)

Entre tantos objetos de solicitud pastoral la actividad prodigiosa de San Gregorio VII se extendió á los cristianos oprimidos por los musulmanes en las regiones ultramarinas. A pesar de los muchos peligros que ofrecia la peregrinacion de Jerusalem, no dejaban por eso de emprenderla los mas remotos occidentales. Algunos años antes habian salido de Alemania gran número de peregrinos bajo la direccion de Sigefredo de

(1) Lib. 2, Epist. 18.

Maguncia, acompañado de Gonthier de Bamberg, de Oton de Ratisbona, de Guillermo de Utrecht, y de otros muchos personajes de consideracion (1). Eran tan magníficos sus vestidos y equipages, que salian á verlos los habitantes de las ciudades y del campo; pero muy en breve la codicia sustituyó á la admiracion. Apenas fijaron el pié en las tierras de los infieles, mas allá de la Lycia, cuando fueron acometidos por los árabes que corrieron de todas partes á la fama de su opulencia. Los peregrinos fueron retirándose hasta llegar á una aldea, donde se fortificaron lo mejor que pudieron, rechazando con prodigios de valor todos los asaltos del enemigo, lo que obligó á este á bloquearlos con el objeto de rendirlos por hambre. Entretanto no cesaban de inquietarlos, teniendo á su favor la superioridad de doce mil combatientes contra siete mil viajeros de todas clases y condiciones. Viendo estos por último que naturalmente no podian dejar de sucumbir, y que por otra parte no tanto se conspiraba contra su vida como contra sus riquezas, juzgaron que seria tentar á Dios el esponerse á mayores peligros, y pidieron capitulacion. El caudillo de los árabes entró con diez y siete oficiales principales en el recinto donde estaban atrincherados los cristianos: dejó á su hijo á la puerta para impedir que se acercasen los demás, y subió á un cuarto donde estaban el arzobispo de Maguncia y el obispo de Bamberg, quienes le dijeron que tomase todo lo que tenian y les permitiera seguir su camino. El soberbio y pérfido bárbaro respondió, que no les tocaba á ellos darle la ley. «No, no, añadió, no quedareis libres con lo que me entregueis por fuerza, sino que despues de despojaros de todo, quiero devoraros y beber vuestra sangre.» Gonthier de Bamberg, que estaba entonces

(1) Lamb. ann. 1064 et 1065; Sigeb. ann. 1065.

en la flor de su edad, tenia una estatura tan recomendable y era tan hermoso, que en cualquier parte que se presentaba llamaba la atencion de todos y se llevaba tras sí á cuantos le veian. Cuando le descubrió el feroz sarraceno, le destinó para que fuese el primer objeto de su brutalidad. Destató al punto el turbante, y aseguró con él al obispo echándosele al cuello. Gonthier era de unas costumbres tan suaves como puras, y no menos modesto que hermoso, pero no pudo sufrir semejante indignidad, y acordándose de que era joven y vigoroso, descargó una bofetada tan terrible en el árabe, que le derribó á sus piés. Pidió socorro, acudieron á toda prisa los cristianos, cogieron al sarraceno y á los oficiales que le acompañaban, les ataron los brazos á la espalda, y para asegurarlos mejor les apretaron de tal modo las muñecas que les salia la sangre por las uñas. Principiaron de nuevo los asaltos con mayor violencia que antes; pero á fin de contener á los árabes les presentaron sus gefes con un hombre que tenia una espada en la mano y amenazaba degollarlos. En tan extremo conflicto y contra toda esperanza los cristianos se vieron libertados por otros infieles que verosíblemente serian turcos selyúcidas que poco antes se habian apoderado de aquellas provincias. El gobernador de Ramla mandaba la expedicion, y agradeció mucho á los cristianos el que hubiesen reprimido con tanto valor á unos ladrones públicos que asolaban todo el pais. En seguida, y mediante la recompensa que estipularon, les dió una escolta para que los llevase á Jerusalem con toda seguridad (1065). Visitaron todos los santos lugares de la ciudad, y dieron sumas considerables para reparar las iglesias arruinadas, y despues se embarcaron en una flota genovesa que los dejó en Italia, donde pintaron la tiranía de los enemigos del nombre cristiano con los

mas vivos colores que les ofrecia la memoria reciente de lo mucho que ellos mismos habian padecido por su causa.

A consecuencia de esta relacion y de otros muchos sucesos de igual naturaleza, San Gregorio VII, fecundo en planes nuevos y grandes, formó antes que otro alguno el de las cruzadas. Escribió por todas partes, y aun al rey de Germania, á fin de alentar la caridad de los occidentales en favor de sus hermanos de Oriente; pero la multitud y la dificultad de las demas empresas de Gregorio no le permitieron ejecutar esta, que no se verificó hasta veinte años despues.

En una carta dirigida á San Hugo, abad de Cluny, pinta este Pontífice los males que afligian en aquella época á la Iglesia. «Donde quiera que vuelvo la vista, dice, no encuentro sino motivos de tristeza. La Iglesia de Oriente se ha separado de la fé católica. Si vuelvo los ojos al Occidente, al Mediodia y al Septentrion, apenas si veo algunos obispos que hayan ascendido por medios canónicos al episcopado ó que vivan como obispos. Entre los principes seculares no conozeo uno que prefiera la gloria de Dios á la suya y la justicia al interés. Aun á los mismos entre quienes vivo, es decir, los romanos, lombardos y normandos (de Italia), les reprendo frecuentemente diciéndoles son peores que los judíos y paganos. Cuando paso á considerarme á mí mismo, me hallo tan abrumado con el peso de mis pecados, que solo en la misericordia de Jesucristo espero mi salvacion. Su humildad, empero, en nada debilitaba su valor. Conformándose con los cánones de la antigüedad, cuya severa aplicacion era reclamada por los desórdenes que turbaban principalmente la Alemania, decretó en el Concilio romano del año 1075 la deposicion de los simoniacos, de los clérigos incontinentes, y de los usurpadores de los bienes eclesiásticos, excomulgándolos si persistian en sus crímenes.

nes. Así excomulgó cinco cortesanos que eran los consejeros del rey Enrique para la venta de los beneficios; pero solo en el caso de que rehusaran ir á justificarse de sus faltas, aun cuando ya estaban suficientemente probadas las acusaciones dirigidas contra ellos. Usando de justas consideraciones con el rey Felipe, se limita á amonestarle primeramente esperando dará seguridades de su correccion á los Nuncios que iba á enviar inmediatamente á Francia. Si San Gregorio confirma la excomunion fulminada contra Guiscardo, duque de la Pulla, es despues de haberle estado suplicando durante largo tiempo y esperándole á penitencia. Respecto á algunos prelados á quienes habia reprendido ya por sus cartas, como quiera que eran mucho mas culpables que algunos legos, de acuerdo con el Concilio que se componia de cincuenta obispos y de multitud de abades, los trató con menos indulgencia. Fué depuesto Dionisio de Plasencia; suspensos de sus funciones Guillermo de Pavia, Cuniberto de Turin, Enrique de Spira y Garnier de Strasburgo; Liemaro, arzobispo de Bremen ó Brema, además de suspenso, fué entredicho de la comunión eucarística; y el obispo Herman, sucesor de Gonthier en la silla de Bamberg, fué declarado suspenso, si no iba á Roma á justificarse ante el próximo Concilio.

En esta conducta del Soberano Pontífice Gregorio VII, el lector cristiano ve á la Providencia atenta siempre en oponer á las inundaciones de la corrupcion unos diques proporcionados á su impetu violento. No podemos menos de admirar aquella magnanimidad que tuvo siempre por principio al espíritu de Dios. En cuanto á los sucesos particulares, no estamos en el caso de formar un juicio decisivo por falta de documentos suficientes para ello en la mayor parte de los hechos; pero Dios ha fallado ya y

justificado á su siervo con el esplendor de sus milagros.

Las noticias mas circunstanciadas que tenemos acerca de la causa de Herman de Bamberg, prueban evidentemente que el Papa San Gregorio tuvo justos motivos para usar de todo el rigor de los cánones en ciertas ocasiones (1). Al principio este prelado fué reprendido porque sin causa alguna, y llevado de un mero capricho, despidió á los canónigos que habia establecido en una iglesia fundada por él mismo. Pero despues aconteció que este hombre, que hacia fundaciones y otras buenas obras, se hizo sospechoso de haber cometido los delitos mas odiosos en un obispo y aun en cualquier cristiano. No solo se le acusó de haber adquirido el obispado con dinero, y de haber vendido despues las dignidades subalternas y los menores beneficios, sino tambien de haberse abandonado en su juventud á todos los excesos de aquella edad, y aun á algunos vicios que no son comunes en la gente moza, por ejemplo, el deseo de atesorar y los préstamos usurarios, á que se entregó luego con mucho mas ardor despues de haber obtenido el obispado. Tenia tambien el concepto de ser tan ignorante, que no podia entender ni un solo versículo del Salterio. Este fué uno de los obispos á quienes puso entredicho el Papa San Gregorio. Citado además á Roma con motivo de las acusaciones de todo el clero de Bamberg, se puso en camino llevando consigo gran número de regalos á fin de corromper al mismo Papa y al consejo pontificio. Pero se detuvo fuera de la ciudad, envió á sus emisarios para que tanteasen el terreno, y no tardó en ver frustradas sus esperanzas, contribuyendo además estos pasos á que sufriese una con-

(1) Lamb. an. n. 1073; Greg. VII lib. 2, epist. 213.

denacion mas denigrativa y á que fuese despedido irrevocablemente.

Regresó muy pronto á su diócesis, donde al verse defendido aun por sus vasallos, despojó de sus bienes á aquellos eclesiásticos que le eran mas opuestos: pero no osó ejercer ninguna funcion episcopal. Declaróse entonces contra él sin miramiento alguno el cuerpo del clero, y fueron tantas las instancias elevadas al rey, que no pudo menos de hacer ordenar otro obispo. Herman reconoció luego sus excesos; abrazó la vida monástica en el monasterio de Schouartz, bajo la direccion de un santo abad llamado Egberto, y sin perder un punto corrió á Roma en compañía de su abad, consiguiendo allí que le absolviesen de la excomunion y le restableciesen en las funciones sagradas, pero solo de sacerdote, no de obispo. Estos repetidos ejemplares de hombres escandalosos que despues llegaron á ser generosos penitentes, demuestran que en aquel siglo tan desacreditado no arrastraba consigo el furor de las pasiones, como sucede en el dia de hoy, la estincion de todas las luces de la fé y aquel desesperado y monstruoso estoicismo que produce una perseverancia casi irremediable en el mal.

Suscitáronse muy en breve en el centro de la cristiandad unos disturbios mucho mas funestos que todos los que afligian á la Iglesia en los otros países (1). Despues del Concilio romano del año 1075, habíase quedado Guiberto, arzobispo de Ravena, al lado del Sumo Pontífice. Soñaba Guiberto en hacerse Papa, y procuró atraer á su partido con regalos y promesas á todos los romanos que le parecia estaban disgustados de San Gregorio. Se unió especialmente con Cencio, prefecto de Roma, hombre abismado en el libertinaje, acostumbrado á los asesinatos y no menos astuto que malvado. Este

(1) Bolland, tom. 17, pag. 123 et 148.

bandido habia edificado en el puente de San Pedro una torre muy fuerte, desde donde cometia las exacciones mas enormes con todos los pasajeros, y no pocas veces estendia sus vejaciones á las tierras de la Iglesia romana. Despues de haberle hecho muchas advertencias el intrépido Pontífice, llegó por último al extremo de la excomunion. Cencio, que habia sostenido el cisma de Cadaloo contra el último Papa, resolvió renovar este escándalo contra San Gregorio. Pasó á la Pulla para ponerse de acuerdo con Roberto Guiscardo y los demas excomulgados, envió á su hijo al arzobispo de Ravena, y escribió al rey de Germania cuyas disposiciones habia llegado á penetrar, á pesar de todas las ficciones de este príncipe. Estando ya bien puestas las baterías, trataron solo de apoderarse de la persona del Papa, y Cencio estuvo al cuidado para aprovechar la primera ocasion que se presentase.

La noche de Navidad del año 1075 fué el Pontífice, segun costumbre, á celebrar á Santa Maria la Mayor, á pesar de que caía una lluvia tempestuosa y tan abundante que apenas se atrevian á salir de casa las gentes del pueblo, con cuyo motivo fueron muy pocos los que asistieron á la funcion. Cencio no perdió una ocasion tan favorable, antes bien acudió á la iglesia con un tropel de gente armada. El Pontífice, que estaba celebrando la primera misa, llegaba á la comunión del pueblo, cuando de repente se oyó una grita furiosa. Los conjurados recorrieron toda la iglesia con espada en mano, apartando á golpes á todos los concurrentes. Apoderáronse del Papa, y queriendo uno de ellos cortarle la cabeza, le hizo una herida de la que manó mucha sangre. Sacáronle del templo tirándole de los cabellos y maltratándole en extremo, aunque no opuso la menor resistencia, contentándose con dirigir al cielo sus secretas

quejas. Quitáronle precipitadamente el palio, la castalla, la túnica y la dalmática, y se le llevaron con el alba y estola.

No tardó en difundirse por todos los barrios de la ciudad el rumor de este atentado sacrilego. Cesaron los Oficios divinos en todas las iglesias, se quitaron los adornos de los altares, se tocaron las campanas y las trompetas, y se pusieron guardias en todas las puertas para impedir que sacasen de Roma al Pontífice, en caso de que no estuviese ya fuera de la ciudad, porque ignoraban su paradero. Habiéndose por último reunido el pueblo en el Capitolio, dijeron algunas personas que el Papa se hallaba preso en la torre de Cencio. Corrieron al momento á la casa del malvado y acometieron con furor á cuantos cómplices y satélites suyos se presentaban, quienes huyeron al primer choque encerrándose en la torre. Buscaron arietes y todo género de máquinas para embestirla, llevó el pueblo una gran porcion de leña, y encendieron hogueras al rededor para que no se escapase ninguno de aquellos monstruos. Entretanto un fiel generoso y una señora de distincion que se habian determinado á acompañar al Papa hasta dentro de la torre, trabajaron en curarle la herida y en abrigarle con pieles. Al contrario la hermana de Cencio no cesaba de ultrajarle; un malvado criado, no contento con prorumpir en amenazas y blasfemias, estaba ya desenvainando la espada para cortarle la cabeza, cuando una flecha disparada con destreza hirió en la garganta al blasfemo, y le dejó muerto allí mismo.

Viendo Cencio que era imposible escapar de su odiosa guarida, se echó á los pies del Papa y le pidió perdon, prometiendo hacer penitencia. Habiéndole perdonado el Pontífice, se asomó este á una ventana, y se esforzó á dar á entender al pueblo por señas que se tranquilizase. Pero creyendo la multitud que pedia socorro, redobló sus esfuer-

zos, escaló la fortaleza, y sacaba ya de ella al Papa, cuando viéndole todo cubierto de sangre, se encolerizó de tal manera que apenas pudo contener sus primeros impetus; pero dirigiéndose al punto otra vez á Santa Maria la Mayor, donde quiso acabar los divinos oficios, se llevó consigo todo el concurso del pueblo, el que trató menos de la venganza que de la conservacion de aquel á quien habia tenido la fortuna de volver á encontrar despues de tantos peligros. Aprovechóse Cencio de este momento para escaparse con su familia y sus cómplices. Fueron saqueados todos sus bienes, se destruyó á sangre y fuego, no solamente la torre, sino todo lo que tenia Cencio en la ciudad y fuera de ella, y se le condenó á un destierro perpétuo. No tuvo mas arbitrio que renunciar una morada donde no habia ya para él ninguna seguridad; pero prolongó los tristes efectos de la sedicion, é hizo horribles estragos fuera de Roma.

Guiberto de Ravena fomentó por su parte poderosamente esta rebelion impia: conspiró en secreto con Thedaldo de Milan y con todos los malos obispos de Lombardia; se unió con el cardenal Hugo el Blanco, legado avaro y tirano que deshonró el ministerio cuyas prerogativas ensalzaba con el mayor entusiasmo. Escitaron fuertemente todos juntos á Roberto Guiscardo contra el Papa, é inspiraron al rey Enrique la audacia necesaria para que descubriese ya claramente toda la malignidad que habia tenido oculta hasta entonces. Lo que á ello animó principalmente á este príncipe fué el que acababa de terminar una guerra civil, cuyos peligros le habian inspirado un respeto fingido para con la Santa Sede y una moderacion poco conforme á su carácter.

Como empezaba ya á quitarse la máscara, le escribió el Papa con el vigor que acostumbraba. Comparó los testimonios de amistad y de veneracion que le habia reite-

rado tantas veces este príncipe, con unos procedimientos que solo demostraban odio y desprecio. Le reprendia especialmente San Gregorio por haber comunicado con los enemigos de la Santa Sede, conocidos por tales y anatematizados ya; le mandaba que se separase de ellos, que los obligase á hacer penitencia, y que la hiciese él mismo; y le negaba la bendicion pontificia hasta que hubiese sido absuelto, y se tuviese en Roma noticia positiva de la satisfaccion que se hubiera obligado á dar (1).

No guardó ya el rey ningun respeto ni miramiento. Pasó á Worms con un número muy considerable de obispos y de abades, el domingo de Septuagésima 23 de enero del año 1076 (2). El cardenal Hugo el Blanco, que acababa de ser depuesto como fautor de simoniacos y reo de otras muchas prevaricaciones, no dejó de concurrir á aquella junta de iniquidad, llevando consigo unas memorias fabulosas de toda la vida del Papa desde su infancia, del modo con que se suponía que habia usurpado la Santa Sede, y de otros delitos imaginarios que en ellas se decia haber sido cometidos por él antes y despues de su exaltacion. Parece que estas calumnias no se diferenciaban de las que se contienen en los escritos del cardenal Bennon, que era tambien partidario del antipapa Guiberto. Para hacer juicio de la obra y del autor basta al lector la simple inspeccion de estos libelos, llenos de citas vagas y destituidas de toda verosimilitud, de prodigios ridiculos, de operaciones de magia, de nigromancia y de mil cuentos absurdos. Presentó igualmente Hugo unas cartas supuestas de los cardenales, del senado y del pueblo romano, en que despues de las acusaciones mas graves contra San Gregorio, pedian al rey Enrique su deposicion y la elec-

cion de otro Pontífice. Los prelados reunidos oyeron á este calumniador impio como si fuese un ángel enviado del cielo, y declararon desde luego á Hildebrando indigno del pontificado. Mas cuando vino el caso de firmar, se observó que la mayor parte de los obispos, espantados ya del primer paso que habian dado, no pusieron su firma sino con repugnancia y á la fuerza (1).

El rey dirigió cartas á todos los de Lombardia, para que se adhriesen á la condenacion del Papa; y los obispos, que estaban ya muy mal preparados en aquellas provincias, se reunieron en Pavia, donde juraron que no reconocerian ya á San Gregorio por Sumo Pontífice; despues de lo cual enviaron diputados á los que no habian podido asistir para exigir de ellos el mismo juramento. Osó tambien Enrique escribir al clero y al pueblo de Roma, esponiendo primeramente los cargos formulados contra San Gregorio, que eran haber tratado indignamente á los obispos, haber puesto la mano en ellos, haber procurado sublevar el reino de Italia, y haber llegado su furor al extremo de declarar al rey, que aunque peligrase su propia existencia le habia de despojar de la vida y del reino. De aqui deducia que el vasallo más fiel debia ser el mas ardiente en rebelarse contra aquel falso pastor, y que no habia mas que un partido que tomar, y era, arrojarle de la Silla apostólica y poner otro en su lugar. El conciliábulo de Worms habia unido sus cartas á la del rey, y en ellas intimaba al Papa cediese el pontificado que habia invadido contra las leyes de la Iglesia, y que desde aquel dia se tendria por nulo cuanto mandase y dispusiese.

Hubo quien tuviese la osadia de llevar semejante intimacion. Rolando, clérigo de la iglesia de Parma, se puso en camino con aquellas cartas, y llegó á Roma cuando

(1) Greg. VII, lib. 3, Epist. 10.

(2) Lamb. pag. 234. Vit. Greg. VII, cap. 7.

(1) Brun. Bed. Sav. p. 129.